



# Don Bosco y la acción social

MIGUEL CANINO ZANOLETTY, SDB. UNIVERSIDAD PONTIFICIA SALESIANA. ROMA

## Don Bosco criterio permanente

Todos los que de alguna manera estamos vinculados a la persona de D. Bosco (1815-1888) consideramos que él sigue siendo fuente de inspiración, un auténtico modelo a la hora de trabajar por la educación y evangelización de la juventud. En este sentido, D. Bosco se convierte en un criterio permanente que nos permite evaluar la “salesianidad” de nuestra acción social y educativa.

Sin embargo, este reconocimiento no significa tener que volver a vivir en el Piamonte del siglo XIX, ni repetir sin más las respuestas que dio ante una situación histórica que, evidentemente, no es la nuestra. Para ser fieles a D. Bosco no tenemos que “repetir” sin más lo que hizo en el pasado, pero sí encontrar en su his-

toria aquellos elementos todavía válidos, sus convicciones, la inspiración y motivación necesarias para seguir dando una respuesta a las necesidades de nuestro tiempo.

Pero ante esta tarea debemos ser conscientes que entre nosotros y D. Bosco existe una distancia temporal, cultural, geográfica que aumenta con el tiempo. Es por esto, por lo que sólo a partir de un estudio serio de su historia, podremos llegar a descubrir aquellas convicciones, valores, opciones e iniciativas que siguen siendo actuales y que al mismo tiempo ofrecen consistencia a lo que consideramos como “salesiano”.

## El tiempo de D. Bosco

El XIX fue un siglo especialmente convulso y lleno de contra-

dicciones. Un periodo de tensiones sociales, agitación política y profundas transformaciones que dieron lugar al nacimiento de algo nuevo: el mundo contemporáneo. Durante décadas se sucedieron revoluciones y represiones, restauraciones y nuevas rupturas que sentaron las bases de nuestra época.

Especialmente en la primera mitad de este siglo lucharon a muerte las dos concepciones predominantes: el restauracionismo, defensor de las instituciones y valores del Antiguo Régimen, y el liberalismo, nuevo modelo de estado y sociedad que pretendía consagrar la libertad como valor supremo. Una libertad total, que debía abarcar todas las dimensiones de la existencia humana: política, económica, cultural, religiosa... Con el tiempo se constató



que el viejo modelo social estaba agotado dando paso así al triunfo de lo que se conocerá como el estado liberal, presentando, en cada región, características propias.

Íntimamente unido a esta serie de cambios políticos y sociales la economía europea padeció transformaciones nunca vistas. A partir del siglo XVIII se desarrolló lo que conocemos como la “revolución agrícola” trayendo consigo una serie de consecuencias sociales y económicas que hicieron posible el nacimiento de la primera revolución industrial.

Pero estos profundos cambios económicos no se dieron sin trágicas consecuencias para una buena parte de la población: la generalización del proletariado y sus nefastas condiciones de vida, condiciones laborales extremas, injusticias sociales... Junto a esto, asistimos al surgimiento de movimientos políticos y sindicales que pretendieron cambiar y dignificar la pésima situación de los trabajadores. Así nacieron las primeras

voces del socialismo inglés o del socialismo utópico francés.

También aparecieron los primeros ejemplos de lo que se conoce como el “catolicismo social”, especialmente fecundo en países como Francia, Bélgica o Alemania. Esta nueva sensibilidad

dentro del catolicismo se gestó mucho más tarde en los países mediterráneos, incluida Italia, que seguían un ritmo mucho más lento en el camino de la industrialización.

A partir de este marco general tenemos que aterrizar en la realidad concreta de D. Bosco. La primera característica de su contexto histórico es que vivió inmerso en el proceso de unificación italiana, que, prácticamente, no concluyó hasta finales de 1870 con la toma de Roma y su proclamación como capital del nuevo estado. D. Bosco nació y pasó la mayor parte de su vida siendo súbdito del Reino del Piamonte, motor de la unificación, para morir como ciudadano del nuevo estado italiano.

Desde 1849 la política del Piamonte estuvo determinada por una monarquía constitucional liberal. El rey Víctor Manuel II tuvo que aceptar buena parte de las exigencias que los grupos liberales le exigían, algunas de las cuales entraban en conflicto directo con la Iglesia, que pasó, en muchos aspectos, de una situación de privilegio a otra de continua lucha y enemistad.

Hasta la década de los años 40 el Piamonte no alcanzó una cierta situación pre-industrial, sin poder controlar fenómenos sociales como el pauperismo, carestías, hambrunas, los levantamientos civiles, la falta de derechos de los trabajadores y la consecuente miseria y descontento. En realidad esta zona del norte de Italia no entrará de lleno en la revolución industrial hasta prácticamente finales del siglo XIX.

Durante todo este tiempo y sin estar preparada para ello, Turín vivió un crecimiento demográfico considerable (ej. de 117.000 habitantes en 1835 a 218.000 en 1864). Las

cifras del analfabetismo, de la población itinerante (obreros, estudiantes, militares...) y de la miseria, fueron extremadamente altas. La Turín de D. Bosco era una ciudad en plena efervescencia, centro político e ideológico de la unificación italiana, y embarcada en un inevitable proceso de industrialización y desarrollo económico repleto de contradicciones y conflictividad social.

## La experiencia de D. Bosco

Para comprender la acción de D. Bosco en el campo social no podemos olvidar su propia experiencia personal, sobre todo en los años de su infancia y juventud. Una experiencia que le marcó profundamente.

D. Bosco pasó los primeros 26 años de su vida en un ambiente agrícola donde trabajó ayudando a su familia y como asalariado en la finca de una familia conocida (Finca de los Moglia 1827-1829). Mientras estudiaba en Chieri, aprendió y se inició en los oficios de camarero, sastre, carpintero, cerrajero, peluquero...

Después de prepararse para el sacerdocio en el ambiente cerrado del seminario de Chieri, tuvo la suerte de pasar tres años en el Convitto de Turín, una prestigiosa institución dedicada a la formación de jóvenes sacerdotes que enviaba a sus estudiantes a vivir diferentes experiencias pastorales: trabajo con los jóvenes de la cárcel, condenados a muerte, emigrantes, actividad en las grandes instituciones de caridad de la ciudad... Será este contacto directo con los problemas reales del tiempo el que “abrirá los ojos” a este joven sacerdote y le ayudará a discernir su campo privilegiado de actuación.



## La respuesta de D. Bosco a la realidad social

A partir de lo vivido en primera persona y con la profunda convicción de que Dios le pedía algo especial, D. Bosco, de forma progresiva, fue dando respuesta a algunas de las grandes carencias que encontraba a su alrededor. En este sentido, un aspecto que debemos tener presente es que D. Bosco fue, principalmente, un hombre de acción. Nunca se destacó por una prolongada y elevada reflexión teórica. De hecho, en el tema que nos ocupa podemos afirmar sin vacilaciones que no fue un teórico de la cuestión social. Tampoco realizó un análisis científico de la situación económica y social ni teorizó o buscó explicaciones sobre la sociedad en la que vivía.

Sin embargo, esto no le impidió entender lo que pasaba a su alrededor. Fue perfectamente consciente de los grandes movimientos de su tiempo y buscó por todos los medios dar una respuesta eficaz y coherente con sus creencias y convicciones más profundas.

D. Bosco fue optando por una serie de planteamientos y acciones que, evidentemente, lo alejaron de otras posibles respuestas. En este sentido, no podemos olvidar el rechazo a una acción política en sentido estricto, y a un posible posicionamiento ideológico que comprometiera sus profundas convicciones. D. Bosco evitó conscientemente cualquier discusión u opción partidista. En ese mundo veía demasiado oportunismo y sobre todo una serie de valores y opciones incompatibles con su clara identidad católica. También entendía que un marcado posicionamiento político entorpecía la misión educativo-pastoral que se proponía, al mismo tiempo que se podía abrir la brecha

de la división entre los suyos. Sólo se posicionó con contundencia cuando se trató de la defensa de la Iglesia, y en particular del Papa.

A pesar de esta “abstención política” fue un ciudadano que amó su país y que vivió con preocupación los profundos cambios que ante él se sucedían. En su caso este compromiso se tradujo en acciones concretas a favor de la construcción de una sociedad mejor y más justa, sobre todo a partir de una apuesta decidida por una educación integral de la persona.

Sus grandes opciones fueron los jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados, y la educación, entendida como la condición indispensable para el cambio social y fundamento de la creación de una sociedad nueva basada en los valores del Evangelio.

Los jóvenes eran la clave, el futuro y también el presente de esa sociedad. La juventud era uno de los colectivos en mayor peligro que merecía una atención urgente. Con esta convicción D. Bosco fue definiendo su misión dejando a un lado otro tipo de campos de trabajo. Aunque con el tiempo el panorama se fue equilibrando, los primeros destinatarios de su obra fueron muchos de aquellos adolescentes y jóvenes realmente pobres y desarraigados que pululaban por las calles de Turín. En este sentido es muy significativo la ubicación de los oratorios donde D. Bosco empezó su trabajo, todos situados en barrios “periféricos”, repletos de conflictividad social y marcados por

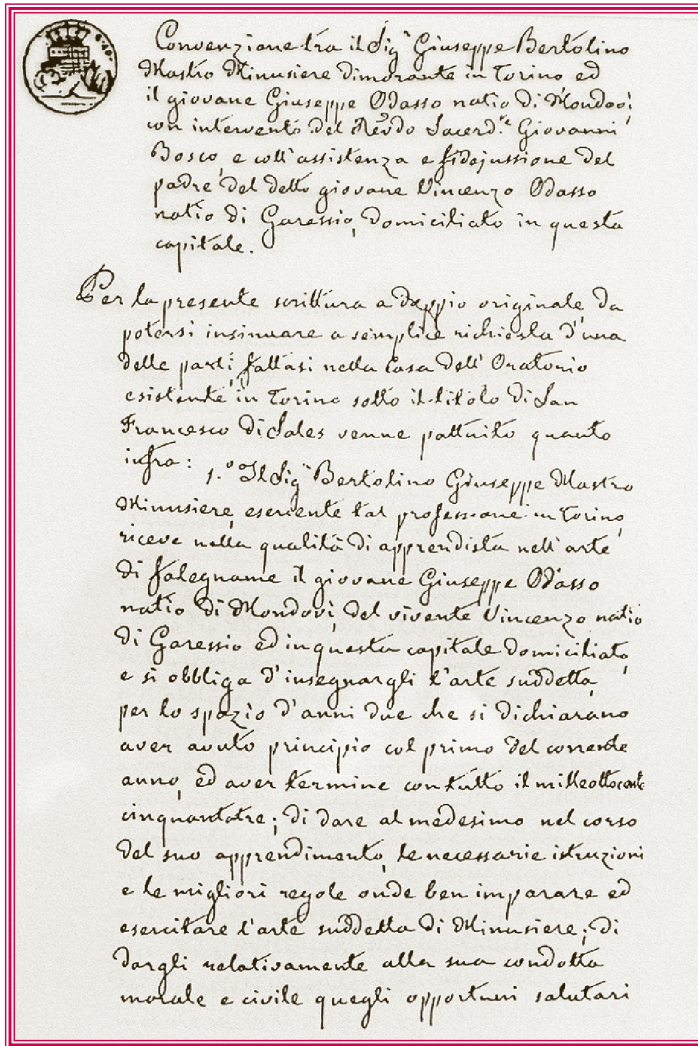
**“Sus grandes opciones fueron los jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados, y la educación, entendida como la condición indispensable para el cambio social y fundamento de la creación de una sociedad nueva basada en los valores del Evangelio”**

numerosas tensiones derivadas de fenómenos como la emigración o la presencia protestante.

La educación y la promoción cultural determinaron su obra. Una educación integral donde lo religioso no era una alienación o una rémora del pasado sino la columna vertebral de su propuesta educativa.

D. Bosco destacó por la inteligencia y la habilidad para poder poner en práctica, con mucha flexibilidad, toda una serie de estructuras e iniciativas educativas eficaces. Una educación que se inspiraba en un estilo concreto, que más tarde llamará Sistema Preventivo, y, sobre todo, que podía aplicarse en diferentes ambientes y estructuras: el oratorio, la escuela humanística, la formación profesional, la imprenta y la difusión de buenas lecturas...

De manera especial destacó su obra entre los aprendices y artesanos, lo que hoy denominaríamos como formación profesional. Él que había estado en contacto directo con el mundo del trabajo se preocupó para



Contrato de trabajo realizado por D. Bosco

que el mayor número posible de jóvenes recibieran una formación ocupacional que les permitiera afrontar un futuro mejor. D. Bosco acompañó primero a los jóvenes en sus respectivos trabajos ofreciéndoles ayuda, acompañamiento y cercanía en un mundo lleno de dificultades para el que no estaban preparados. Con el tiempo descubrió que era mucho mejor disponer de talleres propios donde ofrecer una formación según su estilo educativo que les capacitara como buenos profesionales y que al mismo tiempo les ayudara en su maduración humana y religiosa.

De esta primera fase en la que los artesanos no se formaban en Valdocco, D. Bosco se hará famoso por la insistencia en firmar contratos de

aprendizaje y de trabajo. En los ejemplares conservados (1851-1852) figuran cosas como la exigencia de ofrecer al muchacho una buena formación excluyendo cualquier tipo de corrección física o de trabajos extraños a la profesión. También se le dejaba libre los días festivos y el patrón se comprometía a darle una paga semanal conveniente con aumentos semestrales. En 1850 D. Bosco también promovió una Sociedad de Mutua Ayuda entre sus jóvenes obreros. Cada socio pagaba una cantidad semanal que le permitía recibir un subsidio en caso de enfermedad o paro. Aunque D. Bosco no creó ninguna de estas dos realidades, llama la atención que las desarrollara antes de que fueran una práctica habitual.

Por último, otra de las grandes opciones de D. Bosco fue la necesidad de contar con todas las fuerzas posibles para el bien de su misión entre los jóvenes. Así, de forma consciente, unió en su proyecto a todos aquellos que fueron capaces de aportar un granito de arena: apoyo moral, económico, propaganda, acción educativa directa... De manera especial, buscó personas, hombres y mujeres, que le siguieran de tal forma que aquello que había comenzado no muriera con él. En este sentido, la fundación de su gran familia, en particular de los salesianos, las hijas de M.<sup>a</sup> Auxiliadora y los cooperadores salesianos, respondía en parte a esta urgente necesidad, al mismo tiempo que ponía de manifiesto lo que entendía que Dios le pedía.

En definitiva, podemos concluir que D. Bosco vivió en una época agitada por cambios de todo tipo sin escapar de esta compleja realidad. D. Bosco se comprometió con su tiempo actuando de forma lúcida y decidida, optando por un servicio educativo directo a los jóvenes, especialmente a lo más necesitados, entendiendo que así contribuía a transformar la sociedad según los valores del Evangelio.

D. Bosco apareció ante muchos de sus contemporáneos como un “cura social”, creando a veces cierta incompreensión y rechazo. Él no buscó tal denominación y da la impresión que en realidad huyó de ella. Pero no cabe la menor duda de que su obra hizo una aportación considerable a la transformación de la realidad, no tanto por la novedad de sus ideas o por una acción política determinada, sino por una apuesta decidida por la educación de los jóvenes como base para la formación de buenos cristianos y honrados ciudadanos.